



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Magazine, Roger; Ramírez, Jacques; Martínez, Samuel

Las rivalidades futbolísticas y la construcción de la nación. Una comparación entre México y Ecuador

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 36, enero, 2010, pp. 157-169

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50912885014>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Las rivalidades futbolísticas y la construcción de la nación. Una comparación entre México y Ecuador

Soccer rivalries and nation building. A comparison of Mexico and Ecuador

Roger Magazine

Profesor e Investigador, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Correo electrónico: roger:magazine@uia.mx

Jacques Ramírez

Doctor (c) en Antropología, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Correo electrónico: papodelalife1@yahoo.es

Samuel Martínez

Profesor e Investigador, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Correo electrónico: samuel.martinez@uia.mx

Fecha de recepción: noviembre 2008

Fecha de aceptación y versión final: julio 2009

Resumen

En este artículo empleamos una comparación entre Ecuador y México para explorar la relación entre la configuración de las rivalidades de los equipos de fútbol a nivel nacional y la distribución espacial de poder entre las regiones y ciudades. En el caso de México, el patrón de rivalidades es inseparable de un fuerte centralismo de poder político y económico, mientras que en el caso de Ecuador, el patrón tiene que ver principalmente con una vieja lucha por la predominancia económica y política entre las ciudades de Quito y Guayaquil. Proponemos que la atención a las rivalidades futbolísticas revela cómo un segmento de la población ve, critica o replantea la posición de su ciudad o región con relación a otras y con relación a la nación. Esta atención revela un comentario “desde abajo” sobre el proceso continuo de construcción de la nación.

Palabras clave: aficionados al fútbol, centralismo, violencia, región, nación, identidad, México, Ecuador.

Abstract

In this article, we will use a comparison of Ecuador and Mexico to explore the relation between the configuration of rivalries among soccer teams at the national level and the spatial distribution of power among regions and cities. In the Mexican case, the pattern of rivalries is inseparable from the strong centralism of political and economic power, whereas in the Ecuadorian case, the pattern has to do, primarily, with an old struggle for economic and political predominance between the cities of Quito and Guayaquil. We propose that attention to soccer rivalries reveals how a segment of the population sees, criticizes or restates the position of a city or region in relation to others and in relation to the nation. This attention reveals a commentary “from below” on the continuous process of nation building.

Key words: soccer fans, centralism, violence, region, nation, identity, Mexico, Ecuador.

Distintas exploraciones y estudios en torno a los aficionados al fútbol han conectado el fenómeno de adscripción a un club con la identidad de un área urbana o una región geográfica. Algunos de estos estudios han mostrado cómo la experiencia y el significado de ser aficionado a un equipo específico emergen, en muchas ocasiones, de las identidades, las narrativas históricas y las características socioculturales asociadas a la región, la ciudad, el barrio o el sector social concreto con el que se vincula al club (Bromberger, Hayot y otros 1993; Robson 2000; Fábregas Puig 2001; Aragón 2007; Magazine 2007). Extendiendo su unidad de análisis a dos o más equipos, otros abordajes han encontrado que lo que verdaderamente está debajo de las identidades futbolísticas son las rivalidades que surgen como manifestaciones de las tensiones políticas, económicas o históricoculturales existentes entre las regiones, ciudades, barrios o segmentos sociales con los que éstos se identifican (Armstrong y Giulianotti 2001; Ramírez 2003; Pontón y Pontón 2006).

En este trabajo proponemos expandir la unidad de análisis a un nivel más amplio para tomar en cuenta los equipos, las diferentes áreas urbanas o regiones y las rivalidades entre ellos pero a nivel nacional. Partimos de la posición de que es difícil entender la relación económica, política o sociocultural entre dos equipos y ciudades, sin antes tomar en cuenta el lugar que ocupan dentro del sistema urbano nacional, así como dentro del sistema de rivalidades futbolísticas. Y es que la rivalidad entre dos equipos, aunque parezca ser netamente deportiva, se comprende solo al situar históricamente estos clubes y los lugares que representan dentro del sistema urbano nacional, lo que facilita el descubrimiento de aspectos cruciales de la identidad y de la tensión existente entre sus aficionados.

Específicamente, en este trabajo hemos decidido comparar dos casos nacionales: el de Ecuador y el de México, con la idea de que esta comparación nos permita mostrar cómo

diferentes tipos de conformación del sistema nacional urbano se traducen en patrones muy distintos de rivalidades entre equipos. En el caso de México, la distribución del aficionado y del odio hacia otros equipos a nivel nacional es inseparable de un fuerte centralismo del poder político y económico; mientras que en el caso de Ecuador, esta distribución tiene que ver principalmente con una vieja lucha por la predominancia económica y política entre el puerto principal (Guayaquil) y la capital (Quito). Asumiendo entonces una perspectiva nacional y comparativa, vamos a explicar por qué las rivalidades entre los equipos de las ciudades de cada país toman una forma muy distinta en cada caso. Al mismo tiempo, queremos sugerir que la exploración de las rivalidades futbolísticas a nivel nacional constituye una manera ideal de observar cómo un segmento de la población ve, rechaza, critica o replantea la posición de su ciudad o región con relación a otras y con relación a la nación. Así, proponemos que esta atención a las rivalidades futbolísticas puede contribuir con una visión “desde abajo” a la conceptualización del proceso de la formación e integración de la nación y su sistema urbano.

Las rivalidades futbolísticas en México

Regionalismo y centralización

Desde su independencia a principios del siglo XIX, México heredó de la Colonia una situación de poca integración de mercados a nivel nacional. En general, las distintas regiones a partir de las cuales se conformó este país se articularon alrededor de un centro urbano político-administrativo y los productos locales fueron intercambiados, de forma atomizada, dentro de cada una de las regiones (Van Young 1992: 13; Pérez Herrero 1992: 122). Por supuesto, algunas regiones exportaban más que otras a España, a Ciudad de México u a otras partes de la Colonia. Sin embargo, es un he-

cho que la historia del Estado mexicano desde la independencia puede ser vista como un esfuerzo por romper con este regionalismo económico.

Se trata de un proyecto nacional homogeneizador que empezó finalmente a triunfar sobre la resistencia de las regiones después de la Revolución de 1910. Pero lo que empezó como una estrategia para construir una economía nacional, más eficiente y mejor integrada, terminó siendo un proyecto de centralización dirigido hacia el enriquecimiento de la Ciudad de México a costa del empobrecimiento y subdesarrollo del resto del país. Esto se muestra bien en el hecho de que entre 1920 y 1970 se presentó una gran concentración de la población urbana, la industrialización, la producción cultural y el poder político en la Ciudad de México. Otro dato que ilustra este fenómeno de la centralización y la concentración en detrimento de las regiones es el siguiente: en 1900, la Ciudad de México era tres veces más grande que la segunda ciudad, Guadalajara; mientras que en 1960 era seis veces más grande (Roberts 1992: 239). De forma paralela a este crecimiento desmesurado, para 1960 todos los centros académicos importantes del país, así como los principales sistemas de información, estaban concentrados también en la capital, y para 1983, solo doce de las treinta y un capitales de estados tenían bibliotecas funcionando (Monsiváis 1992: 248). Hablamos de un proyecto nacionalista de centralización o des-regionalización que, desde luego, no fue recibido felizmente en las regiones. De hecho, se trató de un proceso complejo que si bien logró edificar una economía nacional y un imaginario común respecto a lo nacional, por otro lado cultivó distintos tipos de resistencias y controversias. En muchos casos los regionalismos viejos nunca desaparecieron completamente, aunque cambiaron de forma bajo la máscara de la centralización: regionalismos que antes solo se veían hacia adentro se convirtieron en una identidad regional basada en la resistencia hacia afuera, pero en particu-

lar hacia el Estado nacional y la Ciudad de México.

Nos referimos a un proceso de centralización, a un proceso homogeneizador vinculado a una retórica nacionalista posrevolucionaria que, a partir de la década de 1960, empezó a atenuarse lenta pero inexorablemente. Y es que cuando la estrategia económica basada en la sustitución de importaciones y el desarrollo nacional, impulsado y controlado desde la Ciudad de México, empezó a fallar y a ser insuficiente, se presentó la necesidad de abrir las regiones a la inversión directa desde el extranjero y, en particular, desde los Estados Unidos. Si, por ejemplo, en 1971 el 52,6% de la producción manufacturera estaba ubicado en la Ciudad de México, en 1998 esta figura había bajado hasta el 28,3% (Ruiz Durán 2004: 65). Se trata, sin embargo, de un extraño cambio porque inauguró, de cierta forma, el fin de la centralización y dependencia económica, pero no significó el inicio de una redistribución equitativa de la riqueza y el poder político. En otras palabras: en las últimas cuatro décadas la riqueza en México ha ido donde los inversores la han llevado y no necesariamente donde más se ha necesitado. Eso explica por qué las ciudades más desarrolladas del norte del país y la costa del Pacífico se han beneficiado más que las del sur y las ciudades cercanas a la costa del golfo. Lo sorprendente es que a pesar de este paradójico cambio gradual, la Ciudad de México sigue teniendo una situación económica privilegiada, así como mucha influencia política, incluso por encima de las regiones y centros urbanos más beneficiados por las nuevas inversiones. Al menos así lo demuestra el hecho de que mientras el ingreso per cápita nacional bajó 12,4% entre 1980 y 1995, el ingreso per cápita del Distrito Federal subió 7,8% (Esquivel 1999: 759).

Otro fenómeno que durante las últimas décadas ha afectado a casi todo el país, así como a las formas en que éste se autopercibe, imagina y relata, es la difusión, a través de los viejos y los nuevos medios de comunicación,

de una cultura global de consumo (Monsiváis 1992). Sin embargo, se trata de un proceso de difusión de la cultural global que en su mayoría se planifica y lleva a cabo desde la óptica de los difusores y tomadores de decisiones en la Ciudad de México. De tal forma que, mientras las regiones a través de sus medios y comunicadores locales difunden y defienden cada vez más sus propias hablas e identidades, los llamados “medios nacionales”, concentrados todos en el Distrito Federal, producen su propia versión de la cultura global. Algo muy similar sucede en el plano económico, en el cual ahora son las ciudades regionales las que pueden –y tienen que– competir para recibir inversión nacional y extranjera, pero es la Ciudad de México la que define en gran parte las reglas o términos de la competencia y, en particular, lo que significa ser una ciudad moderna y globalizada.

El hecho de que el fútbol y no el béisbol sea el deporte que domina la programación de la radio y la televisión, así como la mayor parte de los espacios informativos en los diarios deportivos, es un buen ejemplo de todo esto. A pesar de que históricamente el béisbol ha sido el deporte dominante en varias regiones del país (sobre todo en el norte y sur), en las últimas décadas, y gracias a la televisión abierta y los esfuerzos de mercadotecnia, el fútbol ha ganado terreno. Impulsado desde la capital, el fútbol ha estado expandiéndose a los centros urbanos de regiones tradicionalmente beisbolistas, al grado que, actualmente, parecería ser necesario que las ciudades más pujantes posean un equipo de fútbol profesional para “mostrarse”, a través de los medios de comunicación nacionales, como más “importantes”, “modernas”, y “globales”.

Es tal la relevancia que el fútbol ha adquirido entre los mexicanos de las zonas urbanas y tal la importancia mediática y mercadológica que se le ha concedido a este deporte, que todo parece indicar que, hoy en día para las ciudades, tener un equipo de fútbol en la Primera División profesional es una manera de confir-

mar su importancia, avance y grado de “modernización cultural”; una forma de ponerse en el “mapa” nacional de las ciudades y regiones más relevantes; y una de las vías más eficaces para expresarle al resto de la nación y el mundo que tal o cual ciudad “progresa” y constituye un destino idóneo para las inversiones.

Pero si para la élite política y económica de las distintas regiones tener un equipo de fútbol-espectáculo es una manera de “ponerse en el mapa”, para muchos aficionados que habitan fuera del Distrito Federal y que han experimentado las consecuencias de la centralización, identificarse con el equipo de su región o localidad y rivalizar contra los equipos del centro es una de las vías más populares para expresar, indirectamente, su enojo y frustración hacia la capital que históricamente los ha minimizado y explotado.

Las rivalidades y los equipos “nacionales” en el fútbol mexicano

En la Primera División del fútbol profesional mexicano actualmente compiten dieciocho clubes, cuatro de los cuales –desde la década de los ochenta– han sido identificados, primero por los medios de comunicación y luego por los aficionados, como los “equipos nacionales” por sus resultados deportivos, por el fuerte posicionamiento de su marca y la fama de algunos de sus jugadores, pero, sobre todo, porque entre sus seguidores/consumidores se encuentran habitantes de todas las regiones y ciudades del país. El América, las Chivas, el Cruz Azul y los Pumas son los cuatro “equipos grandes” del fútbol mexicano. Muchos aficionados identifican a estos cuatro clubes como “equipos nacionales”. Acorde al viejo centralismo económico, político y cultural del país, de estos cuatro equipos grandes tres son oriundos de la Ciudad de México, mientras que las Chivas Rayadas es originaria de la ciudad de Guadalajara (véase figura 1). Es preciso agregar que, gracias al resentimiento que este centralismo ha producido en muchas partes del

país, los tres equipos nacionales ubicados en la Ciudad de México son los más “odiados” de la liga.

Cada uno de estos cuatro equipos nacionales, a su modo, sintetiza y encarna valores, identidades, concepciones ideales de México y hasta proyectos ideológicos muy diferentes (Magazine 2007). Por ejemplo, por su historia y por la manera en que el conglomerado televisivo Televisa lo ha apoyado, al Club de Fútbol América siempre se lo ha asociado con el poder político y la élite económica del país, con el centralismo e incluso con el viejo autoritarismo. Es, sin lugar a dudas, el equipo “más odiado” de México. Apoyar a este equipo se ha convertido, para muchos de sus rivales, en sinónimo de alineación con la élite, de aceptación de su centralismo y su injusto proyecto de nación, actualmente signado por el neoliberalismo con su apertura al mercado libre global. Por el vínculo entre el América con el poder, y por el hecho de que el América está más estrechamente asociado con el centralismo proveniente de la Ciudad de México, los aficionados de los equipos regionales suelen odiar más al América que a cualquier otro club.

En contraste con lo que sucede con el América, las Chivas Rayadas del Guadalajara es un club que sigue un credo de jugar con “puros mexicanos” y por lo mismo encarna un ideal de autonomía nacional y “mexicanidad”. Proveniente de la misma región de donde son originarios algunos de los símbolos nacionales más importantes como el charro, el tequila y el mariachi, las Chivas es el único club “nacional” ubicado fuera de la ciudad de México. Cabe mencionar que este ideal de puros mexicanos que encarnan las Chivas encaja con una estrategia estatal de promover la autonomía económica (que se instrumentó, sobre todo, entre los años treinta y los años setenta), constituida por la sustitución de importaciones y la nacionalización de varias industrias, como la petrolera.

Para los aficionados de las Chivas en la ciudad de Guadalajara, “ser Chiva” implica sustancial-

Figura 1: Equipos de Fútbol según Estado de Pertenencia México



Elaboración: Magazine, Ramírez y Martínez

mente una oposición a la Ciudad de México y todo lo que ésta representa (Fábregas Puig 2001). De hecho, en las otras ciudades una de las razones porque el club de las Chivas atrae más aficionados y es menos odiado que los otros equipos nacionales es que no está asociado con la Ciudad de México. Sin embargo, es interesante notar que también hay una enorme afición a los Chivas en la Ciudad de México: hablamos de unos seguidores a las Chivas que comparten la visión ideal de un club armado con puros mexicanos, pero sin ubicar la culpa de la apertura neoliberal reciente solamente en la capital.

Cruz Azul, el tercer equipo nacional, pertenece desde su origen a la cooperativa de cemento del mismo nombre, y por los valores que promueve (el espíritu de trabajo, la cooperación y la familia) simboliza la identidad y los valores de la clase obrera. Al igual que con el ideal de autonomía nacional de las Chivas, la visión de la clase obrera representada por Cruz Azul gozó de un fuerte apoyo del Estado en el pasado reciente, cuando el Estado corporativista centralista patrocinó a las cooperativas, las cuales se han debilitado o han desaparecido completamente desde el cambio a la política neoliberal en los tempranos ochentas. Efectivamente, Cruz Azul es un equipo menos odiado en las provincias que el América y el cuar-

to equipo nacional, los Pumas. Esto se debe a que la clase obrera y las cooperativas no están asociadas necesariamente con la Ciudad de México.

El cuarto equipo nacional, los Pumas de la Universidad Autónoma Nacional de México (UNAM), sigue la filosofía de “puros jóvenes”, que se refiere al hecho de que juega únicamente con jugadores jóvenes. También hay una fuerte asociación entre el equipo y la Universidad Nacional, aunque la gran mayoría de los jugadores y la mayoría de los aficionados no son, y nunca han sido, estudiantes de esta importante institución educativa. La asociación con la UNAM atrae a algunos aficionados en la Ciudad de México y de fuera, ya que “la máxima casa de estudios” es considerada por muchos mexicanos como una fuente de orgullo para el país. Sin embargo, también hay una fuerte asociación entre la UNAM, la ciudad capital y el gobierno central, no solo porque esta enorme institución es un producto de las políticas centralizadoras del gobierno federal, sino también por el hecho de que estudiar en la UNAM ha sido un rito de pasaje necesario para incorporarse en los altos niveles del gobierno federal, incluyendo la presidencia. Esta fuerte asociación entre la UNAM y el gobierno federal produce mucho resentimiento en las otras ciudades, convirtiendo a los Pumas en el segundo equipo más odiado afuera de la capital, después del club América.

Es común escuchar, de parte de los aficionados de diferentes clubes, que los cuatro equipos nacionales casi siempre ganan los campeonatos del fútbol mexicano. De hecho, de los 75 campeonatos celebrados desde 1944 (a partir de 1996, hay 2 por año), los 4 equipos nacionales han ganado 33 (44%). Pero esta dominación es variable durante este periodo de 63 años. De los 13 campeonatos entre 1944 y 1956, ninguno fue ganado por estos 4 equipos. Pero luego, ganaron 27 de los 37 (73%) campeonatos entre 1957 y 1991. Entre 1992 y 2006, esta dominación básicamente desaparece, ya que ganaron solo 6 de los 25

(24%) campeonatos, mientras que los equipos de las ciudades regionales de Toluca y Pachuca ganaron 9 (38%) campeonatos entre los 2 en el mismo periodo.

El periodo entre 1957 y 1991 coincide con el proceso de convertir al fútbol en un deporte realmente nacional en México, a través de su promoción y difusión por los medios de comunicación nacionales y, en particular, la televisión. Así, no es sorprendente que muchos aficionados, sobre todo aquellos que tienen más tiempo siguiendo el campeonato, compartan la idea de que los cuatro equipos nacionales han dominado la liga. También es interesante notar que este periodo coincide, más o menos, con el apogeo del Estado centralizado, el nacionalismo posrevolucionario y la autonomía económica. El periodo entre 1992 y 2006, cuando la dominación de los equipos nacionales cesa, coincide con el fin del proyecto de centralización del Estado y de la economía, y con un resurgimiento de identidades regionales. Nos parece probable que la descentralización de los años ochenta haya coincidido con el aumento en el presupuesto de los equipos provincianos, lo cual los ha hecho más competitivos. Sin embargo, hace falta más investigación para ver qué tanto este aumento de presupuesto es el resultado de un mejoramiento de la situación económica de las ciudades de provincia o, alternativamente, qué tanto es parte de un esfuerzo de las clases gobernadoras y la élite por promover una imagen capaz de traer inversiones en un ambiente nacional de más competitividad entre ciudades, pero donde no hay ninguna garantía de éxito.

Rivalidades regionales y locales en Ecuador

La ‘cuestión regional’ en Ecuador

A diferencia de lo que pasó en México, donde el proyecto nacional centralista logró imponerse a inicios del siglo pasado, en Ecuador han prevalecido las identidades primordiales

de corte regional, aglutinadas en torno a tres centros urbanos: Quito, Guayaquil y Cuenca. Como señala Maiguashca (1992: 182), el conflicto entre centro y periferia ha sido el principal fenómeno político en la historia ecuatoriana, ya que desde el inicio del período republicano, los proyectos de las tres ciudades antes nombradas no lograron fundirse en un proyecto nacional aglutinante. Con el pasar de los años, paulatinamente el poder central adquiere vigor y entra en conflicto con los poderes regionales. De esta manera, la historia del Ecuador puede leerse en clave de los conflictos, intereses y disputas hegemónicas que han sido denominadas como la ‘cuestión regional’ (Coraggio 1989; Quintero 1991; Maiguashca 1992).

Para Quintero y Silva (1991: 34-35), la presencia y persistencia de una ‘cuestión regional’ en una formación social concreta como la ecuatoriana delata la ausencia de una clase hegemónica en la escena política que imponga su proyecto político como el proyecto histórico del conjunto de clases. En efecto, al analizar la historia del Ecuador podemos señalar tres grandes ciclos, en los cuales se observa la relación entre el Estado y los poderes regionales¹.

El primero comienza en 1830 y termina en 1925; durante este período el Estado avanza sobre los poderes regionales, pero éstos se defienden y terminan imponiéndose entre 1916 y 1925. Se robustecen las identidades guayaquileña, cuencana y quiteña, influenciadas por el desarrollo económico de sus ciudades a través de la entrada al mercado internacional de estas urbes, gracias a la exportación de cacao, cascarilla y, en menor escala, cueros y textiles respectivamente. De esta manera, Quito, Guayaquil y Cuenca se transformaron en centros políticos, económicos y, posteriormente, culturales.

El segundo ciclo va desde 1925 hasta 1972. Durante estos años el Estado se recupera e inclusive avanza, pero los poderes regionales también logran reconstituirse y terminan imponiéndose nuevamente entre 1966 y 1972. En este período se afirma el Estado y surge un discurso nacionalista, tanto en la Revolución Juliana como durante la invasión del Perú al territorio ecuatoriano en 1941, así también en los diferentes gobiernos militares que llegan al poder (sobre todo en la Junta Militar de 1963-1966). Sin embargo, esto no impidió el surgimiento de proclamas separatistas o federalistas –al igual que en el período anterior, aunque ya no se formaron gobiernos regionales–. Cabe recordar la propuesta de las élites guayaquileñas en los años 1939 y 1959, las mismas que proclamaban un “Guayaquil independiente” debido, sobre todo, a la existencia de un marcado centralismo. Es en este período que se elaboran y promulgan los primeros planes nacionales (1958, 1961, 1963 y 1969), los cuales tuvieron mayor aceptación en los gobiernos militares. En efecto, la dictadura militar intentó centralizar vertical y coercitivamente el espacio nacional. La fragmentación y la regionalización en aquel entonces era muy notoria, por lo que se intentó construir un “nuevo Estado” que rompiera con dichas divisiones a través de una política integracionista y un fuerte discurso patrio que llegó incluso a la arena del deporte (Ramírez, 2006).

Sin embargo, este proyecto nuevamente quedó truncado por las élites regionales, las cuales, a través de las cámaras de comercio de Guayaquil, Quito y Cuenca, hicieron causa común y convocaron a una huelga contra el alza de impuestos a las importaciones decretado por la Junta Militar al darse cuenta de que las élites guayaquileñas manipulaban el comercio exterior. En esta época los poderes regionales se vieron favorecidos nuevamente por factores económicos.

La tercera fase comienza en 1972 y llega hasta nuestros días. El Estado se fortalece rápidamente y, como señala Maiguashca,

¹ En lo que sigue de este acápite, se retoman los postulados de Maiguashca (1992: 175-226) para explicar parte de los dos primeros ciclos.

por primera vez en la historia republicana logra, si bien no convertirse en un Estado fuerte, por lo menos, conseguir un poder de negociación del que antes no disponía. Una vez más, la cuestión regional adquiere nuevos matices, pero no desaparece. La década de los setenta se caracteriza por el predominio de gobiernos militares bajo un enfoque de profundización del desarrollismo estatista sostenido por el *boom* del petróleo. La búsqueda de mayor autonomía estatal frente a las élites regionales tradicionales y mayor apertura hacia las demandas de grupos sociales excluidos se evidenció con la reactivación de la reforma agraria y la expansión de las políticas sociales (Montúfar 2000). El petróleo provocó un cambio importante en las relaciones estructurales del Estado con la sociedad. El excedente económico producido por las exportaciones petroleras financió un incremento en el gasto –12% de crecimiento anual– y en las inversiones públicas –8,4% de crecimiento anual–. Sin embargo, los tradicionales sectores agroexportadores y terratenientes, afectados por tales reformas, generaron una fuerte oposición al estatismo del régimen. La estrategia de desarollo de los gobiernos militares no logró entonces establecer una transformación efectiva de la economía y sociedad. Por otro lado, en esta época se produce una acelerada migración interna rural-urbano. Mientras en 1962, 65% de la población vivía en zonas rurales, para 1974 solo lo hacía el 41%, lo cual transformó la distribución demográfica del país, concentrando en las ciudades (sobre todo en los dos centros urbanos, Guayaquil y Quito), y ya no en el campo, el mayor número de habitantes.

Nuevamente dos acontecimientos ocurridos en las últimas décadas hacen que resurja un discurso nacionalista en el contexto de la implementación de políticas neoliberales (que produjeron pobres resultados en términos de crecimiento económico y una altísima vulnerabilidad frente a la economía internacional): la guerra de 1981 y la de 1995 con el vecino del sur, Perú. En efecto, han sido estos conflictos

bélicos y posteriormente los triunfos de la selección nacional de fútbol desde finales de los noventa y principios del nuevo siglo los que han ayudado, en los últimos tiempos, a forjar una identidad nacional (Ramírez y Ramírez 2001). Identidad que, como hemos remarcado, ha estado truncada por la existencia de otros tipos de identidades primordiales que han competido con la identidad nacional: principalmente las identidades regionales, pero también las identidades étnicas y religiosas.

Por último, cabe señalar que en la coyuntura actual del país se ha producido una intensificación de este conflicto. Si bien el actual gobierno ha recuperado una visión de pensar y planificar el Estado ecuatoriano, el conflicto regional ha tomado nuevamente relevancia sobre todo por el constante enfrentamiento con el Municipio de Guayaquil. Desde el gobierno local tanto el alcalde como las élites han retomado con fuerza un discurso identitario esencialista que apela a su ya histórico deseo de autonomía.

Identidades en el Ecuador contemporáneo

Si las identidades se construyen por oposiciones y alteridades, históricamente los discursos de pertenencia a la nación ecuatoriana se construyeron a través de las confrontaciones con el vecino país del sur, Perú. Sin embargo, a finales del siglo XX en el Ecuador se hacen visibles diferentes problemas que permiten hablar de un intenso debilitamiento de los convencionales lugares de apuntalamiento de la identidad nacional. Entre estos problemas se encuentran: la demarcación de los límites territoriales con el Perú que canceló la imagen de la frontera y del mismo conflicto militar como principales modos de pertenencia a la nación; la crisis económica-política que debilitó la legitimidad de la estructura nacional de poder; el surgimiento de proyectos identitarios subnacionales, étnicos y regionales, desde los cuales se han cuestionado tanto las narrativas dominantes sobre la identidad nacional como las

mismas bases institucionales del Estado; y el último *boom* migratorio que estaría dando paso a la conformación de comunidades transnacionales y que marca la pérdida del monopolio de lo nacional como instancia de cohesión y representación de la población.

En esta particular configuración político-cultural de la década de los noventa y principios del nuevo siglo, en que precisamente los actores y lugares ‘público-oficiales’ carecieron de intereses y posibilidades de reinvenCIÓN de las identidades nacionales, se observa el surgimiento y consolidación de diversas narrativas de recomposición identitaria nacional a través de la selección nacional de fútbol. En efecto, en los primeros años del nuevo siglo, el fútbol ecuatoriano se ha hecho conocer a nivel internacional gracias a su clasificación y decorosa participación en las dos últimas ediciones de la Copa Mundo disputadas en Corea-Japón 2002 y Alemania 2006, y gracias a la reciente obtención de la Copa Libertadores de América en 2008, ganada por primera vez por un equipo ecuatoriano: Liga Deportiva Universitaria de Quito.

Si bien se han documentado estos rebrotos de orgullo patrio cada vez que juega la selección nacional (Ramírez 2006), a nivel interno, dentro del campeonato de fútbol, persisten las confrontaciones de corte local y regional. Como se ha dicho, el fútbol es un medio de expresión dramática de las tensiones entre grupos y regiones; en el estadio se producen divisiones sociales significativas, se encuentran diferentes tipos de antagonismos y se expresan nítidamente lealtades particulares y divisiones sociales y culturales.

La ‘nacionalización’ del fútbol ecuatoriano

Desde los orígenes del fútbol profesional, a inicios de los años cincuenta, la estructura organizativa de los campeonatos –que sintonizaba en cierta forma con la bipolaridad del poder político y económico en el país– estuvo modelada por las disputas entre las dirigencias

de los equipos de Guayas y Pichincha. La Asociación de Fútbol del Guayas hegemonizó el proceso de profesionalización de fútbol, organizó los primeros torneos y lideró las competencias nacionales. Las confrontaciones deportivas adquirieron matices de conflictividad regional a tal punto que, durante algunos años, debieron jugarse de forma simultánea pero diferenciada los campeonatos provinciales y el campeonato nacional. El primer campeonato nacional se efectuó con la participación de los campeones y vicecampeones de Guayaquil y Quito, sin que tuvieran que medirse entre sí equipos de la misma localidad.

Es por esto que Ibarra señala que “si retrocedemos hacia los años cincuenta y sesenta, cuando surge el fútbol profesional, éste era un campo más de confrontación regional Costa-Sierra en los campeonatos nacionales de fútbol” (1997: 25). En estos años, la actuación de la Federación Nacional de Fútbol, creada ya en 1925, no conseguía superponerse a las asociaciones provinciales existentes, ni unificar reglamentos y procedimientos para regular el deporte en el espacio nacional. Solo hasta fines de la década de los sesenta (1968), se logra organizar un campeonato nacional sin las paralelas competencias provinciales. Este podría ser un primer momento en que una configuración administrativa y deportiva de tendencia nacional (ya se habían articulado cuatro asociaciones provinciales: Quito, Guayaquil, Ambato y Manta) se impone sobre las poderosas asociaciones de provincia.

La organización ininterrumpida de estos torneos nacionales puede ser vista como un elemento propicio para poner en confrontación estilos de juego regionales y representantes de diversas provincias. De esta forma se impulsó, además, la formación de equipos profesionales y se construyeron escenarios deportivos en las principales ciudades del país con el apoyo de los municipios locales. Así, en 1970 la Federación Ecuatoriana de Fútbol realizó un campeonato nacional con la intervención de equipos provinciales: la Federación de Fútbol

de Manabí (Juventud Italiana), Tungurahua (Macará), Chimborazo (Olmedo) y Azuay (Deportivo Cuenca) formaron sus ligas profesionales.

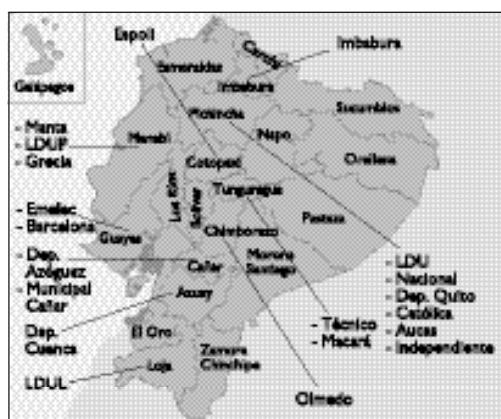
Actualmente existen 18 asociaciones de provincia y 20 equipos en primera categoría (ver figura 2), la cual se divide en Serie A (12 equipos) y Serie B (10 equipos). Es en estas confrontaciones deportivas que los clubes y sus hinchadas activan intensos sentidos de pertenencia y de afirmación de las identidades locales, construidas desde específicas representaciones geográficas, étnicas, culturales y de clase. Existen en Ecuador tres tipos de rivalidades: los 'clásicos' entre equipos de una misma ciudad; las rivalidades regionales, sobre todo cuando se enfrentan equipos de Guayaquil y Quito²; y las rivalidades entre 'equipos grandes' y los del interior o provincia.

Los Equipos y sus hinchadas

En el actual campeonato nacional de fútbol ecuatoriano de la primera categoría (series A y B) disputan veinte equipos pertenecientes a diez provincias: Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Cañar, Azuay y Loja (de la Sierra); y Guayas y Manabí (de la Costa). Cabe resaltar que no hay equipos de la región amazónica en el fútbol de primera categoría.

De 49 campeonatos nacionales profesionales disputados hasta el año 2008, 23 ocasiones han ganado equipos de Guayas (13 Barcelona, 9 Emelec, 1 Everest), 24 veces equipos de Pichincha (12 Nacional, 9 LDU, 3 Deportivo Quito), y 2 veces equipos de “provincia” (Olmedo de Riobamba y Deportivo Cuenca). A los 4 equipos con más número de campeonatos nacionales (en conjunto han obtenido el 90% de los campeonatos disputados), y que

Figura 2: Equipos de fútbol según provincia de pertenencia, Ecuador.



Elaboración: Magazine, Ramírez y Martínez

además cuentan con las mayores hinchadas, se los considera como los 4 grandes del fútbol ecuatoriano. En todos los casos, clubes con adeptos más allá de sus ciudades de origen.

Históricamente, Barcelona ha sido visto como el equipo más popular e “ídolo del Ecuador”. Fundado en Guayaquil en 1925 por inmigrantes –sobre todo catalanes–, siempre fue un equipo al que se lo asoció con los plebeyos y clases bajas del puerto. Por su parte EMELEC, fundado en 1929 también por un inmigrante y funcionarios de la empresa eléctrica, representa a los “aniñados” de Guayaquil y es conocido como “el equipo millonario” o el “Ballet Azul”. Ambos equipos disputan el Clásico del Astillero que se remonta a la época amateur del fútbol ecuatoriano, en la que se incubaron las rivalidades entre equipos locales. Liga Deportiva Universitaria (LDU), fundada en 1918 en Quito, pertenecía a la Universidad Central y representaba, en ese entonces, a los estudiantes y nuevos profesionales de la clase media de la capital. Es el equipo que en la última década ha ganado la mayor cantidad de campeonatos nacionales, y el único del país que se ha coronado campeón de la Copa Libertadores de América en el año 2008. Finalmente, está también el club El Nacional, que fue fundado y auspiciado en 1963 por el Ejército ecuatoriano y posteriormente auspició

2 Cabe señalar, dentro de esta categoría, la existencia de los 'clásicos regionales', como el clásico interandino disputado entre el Olmedo de Riobamba y el Macará de Ambato; el clásico del austro, entre el Deportivo Cuenca y el Deportivo Azogues; o el clásico manabita, entre el Manta y LDU de Portoviejo.

ciado por todas las ramas de las Fuerzas Armadas en una época en que los militares tenían el control del Estado –como se indicó en el acápite anterior-. Este equipo tiene únicamente jugadores ecuatorianos, por lo que es conocido como “puros criollos”.

Por último, cabe señalar que el reciente éxito de LDU de Quito al ganar la Copa Libertadores hizo que la mayoría de aficionados al fútbol alentaran a este equipo, sobre todo cuando en las etapas finales los jugadores salieron a los diferentes escenarios del continente con pancartas que decían “va por ti Ecuador” o “gracias Ecuador por estar unidos”. Sin embargo, ya en el campeonato nacional, los hinchas de la LDU han utilizado este triunfo para remarcar su superioridad: “se ve, se ve, se ve y no se toca, la libertadores”, lo cual, del otro lado, ha ocasionado que este equipo y sus hinchas sean más odiados.

Conclusiones

Hemos tomado la posición de que los proyectos de Estado se pueden ver como maneras particulares de enfrentar las tendencias centrífugas de las regiones o áreas urbanas, y de crear un sistema urbano integrado a nivel nacional, legitimado por un sentido compartido de pertenencia. La nación como “problema” en este sentido es realmente distinta para los casos aquí tratados. Así, en México, hasta mediados del siglo pasado, se trató de la unión de regiones con largas historias de aislamiento. Recientemente, tras un periodo de acelerada centralización, el problema ha sido suavizar la transición, sin mucho apoyo por parte del gobierno federal, hacia un sistema más descentralizado; asimismo apaciguar el resentimiento de las otras ciudades hacia la capital, efecto de los abusos hacia estas ciudades, llevados a cabo a nombre de la consolidación de la nación. En Ecuador, el “problema nacional” está atravesado por la bipolaridad del poder político y económico concentrado en las ciudades de Quito y Guayaquil, y la existencia

de un Estado que a lo largo de su historia no ha logrado cuajar un proyecto nacional que articule las diferencias regionales y étnicas existentes al interior del país.

En los dos casos, estas historias particulares del sistema urbano y de la nación se pueden leer a través de las cambiantes rivalidades y relaciones entre los equipos de fútbol y sus seguidores. En México, las exageradas políticas de centralización durante buena parte del siglo XX resultaron en la emergencia de cuatro equipos “nacionales” fuertemente asociados con la ciudad capital o con un imaginario nacional –en el caso de los Chivas–, ligado a un proyecto nacional basado en un dominante Estado federal. Y, en los últimos años, las políticas pasivas de descentralización han producido una situación en que los equipos de provincia se convierten en símbolo de la modernidad y la “globalidad” para las áreas urbanas que representan, lo cual los ayuda a competir con otras ciudades por la inversión privada. Para el caso de Ecuador, la bipolaridad urbana dio como resultado que los cuatro equipos grandes se concentraran en las dos principales ciudades. Sin embargo, en el caso de Guayaquil ha existido una histórica rivalidad entre sus dos principales equipos, mientras que en Quito se han producido cambios dependiendo del éxito y fracaso de los clubes. En los últimos años, con el surgimiento y consolidación de las barras, ha cobrado fuerza el duelo entre la LDU de Quito y el Barcelona de Guayaquil, lo que constituye un efecto visible –en el campo deportivo– del histórico conflicto regional entre estas dos ciudades, conflicto impulsado por las élites locales. Finalmente, el continuo mejoramiento de los equipos de provincia ha hecho que salgan a flote en el espacio futbolístico las rivalidades entre los centros y las periferias.

Nuestro objetivo aquí ha sido demostrar que los cambiantes sistemas de rivalidades constituyen una ventana a través de la cual se puede observar y comparar cómo un segmento significativo de la población –los aficiona-

dos al fútbol- ve, vive o critica los proyectos del Estado dirigidos hacia la integración regional/urbana nacional. Al mismo tiempo, tomar en cuenta estos proyectos de Estado y sus éxitos y limitaciones en este estudio ayuda a explicar la forma que toman las rivalidades futbolísticas y su variación a través del tiempo en los diferentes contextos nacionales.

Bibliografía

- Aragón, Silvio, 2007, “*Los trapos se ganan en combate*”: Una mirada etnográfica sobre las representaciones y prácticas violentas de la “barra brava” de San Lorenzo de Almagro, Antropofagia, Buenos Aires.
- Armstrong, Gary y Richard Giulianotti, 2001, *Fear and Loathing in World Football*, Berg, Oxford.
- Bernardo de Quirós, Lorenzo, 2008, “Fútbol y economía”, en Roemer y Ghersi, compiladores, *¿Por qué amamos el fútbol? Un enfoque de política pública*, editorial Miguel Ángel Porrúa, México.
- Bromberger, Christian y otros, 1993, “Allez l’O.M, forza Juve”: The Passion for Football in Marseille and Turin”, *The Passion and the Fashion: Football Fandom in the New Europe*, Steve Redhead, Aldershot, Avebury.
- Conaghan, Catherine, 1988, *Restructuring domination: Industrialists and the state in Ecuador*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Coraggio, José Luis, 1989, “Los términos de la cuestión regional en América Latina”, en *La cuestión Regional en América Latina*, Ciudad-IIED, Quito.
- Esquivel, Gerardo, 1999, “Convergencia regional en México, 1940-1995”, *Trimestre Económico*, Vol. 66, No. 264, Fondo de Cultura Económico, México, pp.725-761.
- Fábregas Puig, Andrés, 2001, *Lo sagrado del Rebaño: El fútbol como integrador de identidades*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara.
- Ibarra, Hernán, 1997, “La caída de Bucaram y el incierto camino de la reforma política”, *Ecuador Debate*, No. 40, Centro Andino de Acción Popular -CAAP, Quito, pp. 21-31.
- Katz, Isaac, 2008, “Estructura de mercados, incentivos y el desempeño de la selección Mexicana de fútbol en los campeonatos mundiales”, en Roemer y Ghersi, compiladores, *¿Por qué amamos el fútbol? Un enfoque de política pública*, editorial Miguel Ángel Porrúa, México.
- Magazine, Roger, 2007, *Golden and Blue Like My Heart: Masculinity, Youth and Power Among Soccer Fans in Mexico City*, The University of Arizona Press, Tucson.
- Maiguashca, Juan, 1992, “El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895”, en Juan Maiquashca, editor, *Historia y Región en el Ecuador 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, FLACSO-Ecuador, Quito.
- Monsiváis, Carlos, 1992, “Just Over That Hill’: Notes on Centralism and Regional Cultures”, en Eric Van Young, compilador, *Mexico’s Regions: Comparative History and Development*, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD, San Diego.
- Montúfar, Cesar, 2000, *La reconstrucción neoliberal. Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en el Ecuador 1984-1988*, Abya Yala, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.
- Pérez Herrero, Pedro, 1992, “Regional Conformation in Mexico, 1700-1850: Models and Hypotheses”, en Eric Van Young, compilador, *Mexico’s Regions: Comparative History and Development*, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD, San Diego.
- Pontón Daniel y Carlos Pontón, 2006, “Breve historia de las grandes rivalidades en el fútbol ecuatoriano”, en Fernando Carrión, compilador, *La Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano*, FLACSO-Ecuador, IMDMQ, Quito.

- Quintero, Rafael, 1991, “Legitimidad, Poder y Región”, en Rafael Quintero, editor, *La Cuestión Regional y el Poder*, Corporación Editora Nacional, FLACSO-Ecuador, CERALC, Quito.
- Quintero, Rafael, y Erika Silva, 1991, “Región y Representación Política en el Ecuador Contemporáneo (1939-1959)” en Rafael Quintero, editor, *La Cuestión Regional y el Poder*, Corporación Editora Nacional, FLACSO-Ecuador, CERALC, Quito.
- Ramírez, Jacques, 2003, “Fútbol e identidad regional en el Ecuador” en Pablo Alabarcés, compilador, *Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires
- _____, 2006, “Ecuador, Ecuador mi país: narrativas patrias a través del fútbol”, en Fernando Carrión compilador, *La Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano*, FLACSO-Ecuador, IMDMQ, Quito.
- Ramírez Jacques, y Franklin Ramírez, 2001, “Como insulina al diabético: la selección de fútbol a la nación en el Ecuador de los noventa”, *Íconos*, No. 12, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 108-117.
- Roberts, Bryan, 1992, “The Place of Regions in Mexico”, en Eric Van Young, compilador, *Mexico's Regions: Comparative History and Development*, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD, San Diego.
- Robson, Garry, 2000, *'No One Likes Us, We Don't Care': The Myth and Reality of Millwall Fandom*, Berg, Oxford.
- Ruiz Durán, Clemente, 2004, *Dimensión territorial del desarrollo económico en México*, Facultad de Economía, UNAM, México.
- Van Young, Evan, 1992, “Introduction: Are Regions Good to Think?” en Eric Van Young, compilador, *Mexico's Regions: Comparative History and Development*, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD, San Diego.